



hubiera ido á negociaciones diplomáticas, á que era aficionado. Su eleccion en la mayor parte de sus compañeros se resentía de su falta de predileccion divina, pues entre ellos, si bien algunos estaban destinados á evangelizar los idólatras, el mayor número, hecho para la pacífica regularidad del coro, se encontraba sin fuerzas, sin eficacia en su nuevo género de vida. Ni tenían celo, ni facilidad para hablar la lengua de los indígenas y ocuparlos de Dios, ni edificaban, ni consolaban á nadie, ni servían para consolarse á sí mismos, pasando sus días en criticar al almirante y llorar por la patria.

Desde la llegada á la Española, el P. Boil, hasta entónces lleno de consideraciones por Colon, se puso en disentiendo con él, á causa de la complicidad que presumía en Guacanagari, en la matanza de los españoles dejados en el fuerte, pues él hubiera querido imponer un castigo sobre una sospecha, para manifestar la superioridad de los españoles, que penetraban el pensamiento sin dejarse llevar de las protestas, ni de las apariencias. El almirante se mostró más pacífico, más confiado, más misericordioso que él, y de aquí su desvío por Colon. Por dos veces le aconsejó inútilmente medidas precipitadas y violentas contra Guacanagari, y el P. Boil no estaba acostumbrado á predicar en desierto. El rey Fernando, político consumado, apreciaba mucho la habilidad de que dió pruebas, cuando los asuntos del Rosellon, y él fué quien lo designó para su puesto evangélico. El P. Boil, pagado de esto y de su mérito, se enemistó con el almirante, que parecia mejor dar crédito á un salvaje que á su sagacidad de diplomático. Este resentimiento estuvo encubierto hasta que el peligro de faltar los víveres obligó á Colon á poner á racion á los colonos, sin exceptuar á nadie, y se produjo de un modo aflictivo, cuando el almirante mandó trabajar á los hidalgos y voluntarios que no recibían sueldo del Estado.

El vicario apostólico censuró públicamente una medida que imponía el bien comun, y calificó á Colon de *cruel* (1); y los murmuradores,

(1) Herrera, *Historia general de las Islas Occidentales*, década I, lib. II, cap. XII.

los caballeros, resentidos por su pretendida humillacion, se autorizaron con el vicario apostólico para contravenir á las órdenes del virey, quien no pudiendo imponer castigos corporales, les disminuía ó retiraba la racion, como se practica á bordo. Era el único medio de imponer á la insolente pereza. El P. Boil, no creyendo tal vez ir tan léjos, fomentaba la desobediencia y la rebelion. El almirante, por su parte, hacia ejecutar sus mandatos. A causa de esta oposicion, en muchas circunstancias, el vicario apostólico, abusando de sus poderes espirituales, excomulgó al virey y puso en interdicto á la Iglesia (1). Colon entónces le suprimía del todo el alimento, con lo cual la cólera del vicario apostólico se apaciguaba en seguida.

Miéntas que el piadoso Fr. Juan Bergonon, de San Francisco, y Fr. Roman Pane, llamado el pobre ermitaño, de la Orden de San Jerónimo, se dedicaban á estudiar la lengua de Marcorix, que era el idioma más extendido entre los diversos pueblos de la isla, el superior de la mision, hastiado de los pobres indios, escribia á la reina para persuadirla de lo inútil que era su permanencia entre ellos por las dificultades que ofrecia el idioma, y la demandaba ordenase su vuelta.

Al traves de tantos contratiempos, los trabajos urgentes avanzaban, gracias á la firmeza de Colon. Hizo partir las tropas de la Isabela para el interior de la isla, á fin de hacerla reconocer completamente, mostrar á sus moradores el estandarte de Castilla y el poder de sus vasallos, y averiguar el sitio de las minas de oro, todas las riquezas, todos los recursos del suelo, y sus comodidades estratégicas, la cual medida ofrecia á la colonia la ventaja de asegurar sus víveres durante más tiempo, y acostumbrar á los soldados á los alimentos de los indios. El almirante envió, pues, á Pedro Margarit toda la tropa, bajo la conducta de Ojeda, que debia entregarle su mando, para tomar el del fuerte de Santo Tomas.

(2) «L'Amiral n'en avait rien rabattu d'une conduite qu'il jugeait nécessaire; et il faisait d'abord cesser l'interdit, en retranchant absolument la ration au bénédictin.»—Charlevoix. *Histoire de Saint-Domingue*, lib. II, p. 125 en 4.º

CAPÍTULO XXII

Division territorial de la Española entre los caciques.—Colon, al prepararse para nuevos descubrimientos, instituye un consejo de gobierno.—Parte con tres naves.—Reconoce la costa de SO. de Cuba, descubre la Jamáica, y torna á Cuba para saber si esta tierra es una isla ó un continente.—Descubrimiento del archipiélago de los Jardines de la Reina.—Felicidad, peligros y trabajos de esta navegacion.—Colon se dirige á las istas de los Caribes para reconocer las guaridas de los canibales y destruir su marina y trabajaderos con el objeto de impedirles que fueran á devastar los pueblos pacíficos.—De cómo cayó en profundo letargo y se le llevó, muerto en apariencia, á la Isabela.—Arreglo entre Castilla y Portugal.—Tratado de Tordesillas.

Á fin de seguir con más facilidad los primeros pasos de los castellanos, y las operaciones del almirante en la Española, indicaremos en pocas palabras su posicion política y territorial.

Cinco reyes, ó grandes caciques, teniendo cada uno bajo sus órdenes á cierto número de señores, ó caciques subalternos, gobernaban la isla de Haiti, bautizada por el almirante con el nombre de Española. Estos cinco magnates se llamaba Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Gualfacoa.

Guarionex, de la familia más ilustre, tenía toda la parte NE. de la isla, que comprendia la magnífica llanura llamada Vega Real, y fué en su territorio donde, sin pedirle permiso, se construyó la Isabela.

Guacanagari reinaba al NE. desde Artibonite hasta más allá de Monte-Cristo.

Gualfacoa ocupaba la parte oriental, más expuesta á los ataques de los caribes, y sus vasallos, mejor armados que el resto de los indígenas, sabian pelear con denuedo.

Behechio poseia la mayor porcion de la isla, la que del Arbitonite se extiende al O. hasta el cabo Tiburon, y encierra en sus límites el lago salobre de Jaragua, por tanto tiempo asunto de misteriosas relaciones.

TOMO V

Caonabo, el señor de la casa de oro, dominaba en la parte montañosa, desde las alturas de Cibao hasta el litoral del Mediodía. De raza caribe, se ignoraba su genealogía; pero arrojado á la isla por casualidad, lo habia fijado en ella un amor romántico. Soldado de fortuna, él mismo se ciñó la corona; y como sus talentos militares aseguraron su poder, los reyes sus vecinos temian su enemistad y buscaban su alianza.

Cada uno de estos reyes, ó grandes caciques, tenía caciques secundarios, que eran soberanos de hecho en su distrito particular. Salvo los pueblos del S., expuestos á las incursiones de los caribes, y las tribus del guerrero Caonabo, los indígenas eran de un natural dulce y tímido. La suavidad del clima, la facilidad de vivir sin trabajar, una laxitud y apatía hereditarias, y cierta propension á ensimismarse, les hacian insoportable la fatiga corporal, tanto más cuanto que alimentándose casi exclusivamente de vegetales, no podían apénas dedicarse á trabajos regulares.

Después de haber dado al comandante Pedro Margarit instrucciones admirables (1), com-

(1) Estas instrucciones, de todo punto admirables y que poseemos testualmente, á pesar de ser un documento precioso que figura en el número LXXII de



prendiendo, preveyendo y aconsejándolo todo, los sitios que había que recorrer, las observaciones que debían hacerse, los medios de obtener víveres libremente, de administrar la justicia entre los naturales, de atraerse su afecto, y conducirlos al cristianismo, el almirante proveyó á la seguridad de la población, que había quedado sin tropas, y se preparó á proseguir sus descubrimientos, no queriendo dejarse adelantar por los portugueses. Estableció para gobernar en su ausencia un consejo, compuesto del padre Boil, Pedro Hernandez, Alonso Sanchez de Carvajal y Juan de Lujan, bajo la presidencia de su hermano D. Diego. La elección del P. Boil no causará extrañeza, si se tiene presente que nunca se vengaba el almirante de un ultraje, que atendía ante todo al bien público, y que, á pesar de su desentimiento con el vicario apostólico, honraba su carácter oficial; además de que no podía desconocer su capacidad, y de que tal vez era oportuno darle en aquellas circunstancias una participación oficial en los negocios de la colonia.

Escogió el almirante entre los cinco bajeles que habían quedado en el puerto de la Isabela, las tres carabelas que calaban menos agua, y eran la *Niña*, el *San Juan* y la *Cardera*, tripuladas por marineros que le eran conocidos. La *Niña* tenía por capitán á Alonso Meder, y los pilotos, marineros y hasta los mozos eran de Pálos, ó de sus inmediaciones. La *Cardera* pertenecía á un vecino de Pálos, llamado Cristóbal Perez Niño. El *San Juan* lo mandaba un malagueño, llamado Alonso Perez Roldan; pero la tripulación era de Pálos y Moguer, ó de los alrededores. Todas estas gentes conocían de tiempos atrás al guardián de la Rábida, y habían presenciado la entrada triunfal de Colon, y lo seguían con plena confianza al descubrimiento.

El almirante izó su bandera á bordo de la *Niña*, que lo había llevado á Europa, y cambiando su nombre, la puso *Santa Clara*, en memoria de la primera hija de la orden Seráfica. Llevaba consigo un estado mayor poco numeroso, pero escogido: el astrónomo Fr. Juan

la Colección diplomática, es objeto predilecto de los ataques de la filantropía protestante.

Perez de Marchena, el doctor Chanca, un fraile de la Merced, que iba como capellan, el piloto geógrafo Juan de la Cosa, el piloto Francisco Niño, el escribano Fernando Perez de Luna, Jimenez Roldan y el fiel escudero Diego Mendez. Además de sus criados contaba con la maestranza, compuesta de intrépidos marineros, doce de primera clase.

El 24 de Abril salió el almirante del puerto de la Isabela con rumbo al O., y echó el ancla delante de las tierras de Guacanagari, pensando que el cacique vendría á encontrarlo, para reanudar sus antiguas relaciones, cosa que deseaba tanto más, cuanto que su generosa hospitalidad podía ser de gran provecho para los colonos, amenazados del hambre; pero á la vista de las carabelas Guacanagari se escondió en los bosques. Esta fuga vino á confirmar de nuevo las sospechas que había contra él, aunque el almirante no lo condenó todavía. El cacique, temeroso de que le disputaran su gentil doña Catalina, el tesoro de su corazón, de que hasta los mismos españoles estaban prendados, había ido á esconderla en lo más intrincado de las breñas.

Volvió á darse á la vela Colon al día siguiente con vientos variables, y al cabo de cuatro singladuras de hábiles maniobras, dobló el cabo que en su primer viaje llamó Alpha y Omega, y que hoy se conoce por cabo Maysi, y gobernando al Sud, entró en el magnífico y espacioso puerto de Guantánamo. Saltó en tierra con el estado mayor y el intérprete Diego Colon, y toparon con las provisiones de un abundante festín, compuesto de pescados, utías é ignanas, que los indígenas abandonaron con la proximidad de los españoles, para esconderse. Estos se regocijaron de la oportunidad, é hicieron provision de víveres frescos. Viéronse en esto como unos setenta naturales que los observaban de lo alto de un montecillo, y á fuerza de señales pacíficas se decidió uno de ellos á adelantarse; y como el idioma lucayo era más fácil de comprenderse en esta parte de la Española, fué fácil el tranquilizarlo. Pronto sus compañeros acudieron llenos de curiosidad: preparaban para su cacique el primer servicio de un banquete que debía dar á uno de sus



vecinos, y estaban cociendo el pescado para preservarlo mejor de la corrupción durante el camino; y sacaron partido del robo de los víveres, diciendo que la pesca de la noche inmediata repondría lo comido, pues Colon, no queriendo aprovecharse gratis de su trabajo, les distribuyó algunos regalos que los colmaron de placer, y al separarse, marineros é indios se dieron amistosamente las manos (1).

Al día siguiente continuó el virey con rumbo al O., á la vista de la costa, que observaba con el mayor cuidado. Sus buques iban seguidos de multitud de indígenas en canoas, que les ofrecían frutas, pan de casave, pescado y calabazas llenas de agua esquisita. Como los otros insulares, los suponían venidos del cielo. El almirante les repartió cascabeles y campanillas, que estimaban en mucho precio. A sus preguntas sobre el país de donde sacaban el oro, respondían señalando el S., al que hizo rumbo.

Al romper el alba el domingo, divisó al través de la despejada atmósfera de aquellas latitudes, en que la vista penetra á distancias inmensas, las azuladas crestas de las altas montañas de Jamaica, á las cuales no llegó sino despues de un día entero de navegación. La isla le pareció de maravillosa hermosura; pero al acercarse á la orilla, una escuadra de grandes canoas de guerra, tripuladas de combatientes pintados de colores, á las órdenes de un jefe adornado de plumas, blandiendo sus armas, lanzando gritos de amenaza, salió de las sombrías ensenadas para oponerse al desembarco. Algunos presentes calmaron sus brios. Se echó el ancla en un puerto, al que el almirante puso Santa Gloria; que eran tantas y tales las bellezas de que la naturaleza había dotado aquel delicioso sitio, que hacían experimentar la impresion de los puros goces de la bienaventuranza. En seguida se dirigió á un punto conveniente para carenar una via de agua que tenía la *Niña*. Otra escuadra hizo también alarde de disputarles la entrada, mas

(1) «Ita dextris in amicitiam junctis, ad sua quisque proficiscitur.» Petri Martyris Anglerii. Oceanæ decadis, liber tertius, fol. 8.

á pesar de los clamores de los salvajes y de las flechas lanzadas contra sus carabelas, el almirante ancló en la ensenada, que llamó Buen Puerto. Pero como necesitaban los españoles estar en paz para poder trabajar y hacer aguada, pareció oportuno al almirante demostrar á los indígenas que no se les temía, y así mandó á tierra la gente, que hizo una descarga con sus alabartes, hiriendo á siete ú ocho de los jamáicos. Un perro se puso en su seguimiento (1) y completó la derrota, mordiéndolos por detrás mientras huían. Al día siguiente, los caciques de la vecindad enviaron embajadores para pedir la paz, y llegaron cargados de provisiones, en canoas que tenían la popa y la proa adornada de esculturas pintadas. Estas embarcaciones, hechas de una pieza, alcanzaban proporciones colosales, tanto que la que midió el almirante contaba noventa y seis piés de largo y ocho de ancho. La calidad de los víveres era allí mejor que en las otras islas, las frutas tenían mejor gusto y las plantas más aroma.

Tomó el almirante posesion de la isla en la forma acostumbrada, erigiendo la cruz, y poniéndola bajo la protección del apóstol de las Españas, la dió el nombre de Santiago. En tres días se concluyó la carena de la *Niña*, y Colon, despues de haber seguido la costa en una longitud de veinticinco leguas, sin encontrar el menor indicio de oro, se dirigió á Cuba, con el objeto de averiguar si aquella tierra era isla ó continente; problema que pensaba resolver cuando hubiera costado cuarenta ó cincuenta leguas de ella.

El 18 de Mayo reconoció un cabo, que llamó de Santa Cruz. La costa, que hasta allí se extendía á Poniente, formaba un recodo inmenso, dirigiéndose al N. Una tempestad horrorosa los puso en gran peligro de perecer, y cuando se disipó, se encontraron en medio de multitud de escollos á flor de agua, de islotes y ban-

(1) El éxito increíble obtenido por este perro, que fué allí por acompañar á su amo, sin intención hostil de ninguna especie, pero al que una inclinación belicosa impulsó á lanzarse sobre los fugitivos, inspiró la idea de recurrir á su especie para procurarse auxiliares en las guerras con los indios.



cos, entre los cuales hicieron una legua, visiblemente guiados por la divina Providencia; pues un número infinito de ellos, unos bajos y arenosos, y otros altos y verdes y de risueño aspecto, formaban como un laberinto. No pudiendo dar á cada uno un nombre particular, los llamó Colon colectivamente los *Jardines de la Reina*. Sus oficiales le suplicaban abandonase aquellos parajes, en que retroceder no era ménos difícil que avanzar, y en que se corría el riesgo de estrellarse á cada instante, á causa de los chubascos que venían de diversos puntos, haciendo necesarias las maniobras continuas, tanto más temibles, en razón de los peñascos que amenazaban las quillas, y del fondo cenagoso que no aguantaba á las anclas.

Fenómenos singulares llamaron la atención del almirante. Los caprichos de la atmósfera presentaban una regularidad periódica, propia para sorprender al grande observador. Por la mañana venía el viento del E., y por la tarde del O., y á la entrada de la noche pardos nubarrones llegaban del Occidente y se extendían en el cénit, lanzando relámpagos y truenos; pero desde que la luna asomaba en el horizonte aquel aspecto amenazador, desaparecía como por encantamiento (1). Esta particularidad atmosférica, y el número considerable de islas lo inclinaban á creer que se encontraba en el archipiélago de los cinco mil islotes, situados á la extremidad de la India, y de que hablan Marco-Polo y Mandeville; y á pesar de que las carabelas hubiesen tocado el fondo más de una vez, no obstante las precauciones de los pilotos, no quería abandonar el país, sin haberlo reconocido perfectamente.

Prosiguió, pues, á través de incesantes peligros é increíbles fatigas, la exploración de unas islas de tan peligrosa hermosura. La mayor parte estaban desiertas; pero en la más grande, que el almirante llamó Santa María, encontraron cabañas, cuyos habitantes huyeron al acercarse los españoles, y muchos ánades, garzas reales y cuatro perros mudos de innoble aspecto, que los indígenas engordaban

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo LV.

para su regalo (1). En sus frondosas arboledas vagaban cuervos marinos, alcatraces y gansos, mezclados con regimientos de caballeros, de sarapicos, de flamencos escarlata y de loros de todos matices, que con su grita atronaban aquellas soledades.

El almirante pasó más de un mes en este archipiélago, y mientras, bajaron los suyos varias veces á la costa de Cuba, para conocer la naturaleza de su inmenso territorio, y averiguar si era una isla ó un continente, hasta que al fin fué él mismo á estudiar el problema geográfico.

Algunos de los naturales decían que Cuba era una isla, pero casi todos estaban conformes en reconocer que sus orillas se extendían hasta lo infinito. Otros pescadores, interrogados al efecto, habían respondido que las orillas de Cuba se iban prolongando sin fin hácia el O. Pero las dificultades de Colon se agravaron de repente, por no comprenderse allí, en la parte más occidental, al intérprete, quedando reducidos á hablar por signos. Tan imperfecta traducción del pensamiento condujo al almirante á un error casi inevitable. Por un lado se creyó entender, que al Occidente reinaba un cacique llamado Magon ó Mango, vestido con un manto, y por otro un arquero de la expedición, cazando en los bosques, vió á lo léjos un hombre con ropaje blanco, como el capellan de la Santa Clara: en seguida dos más, y á mayor distancia hasta treinta (2), lo cual hizo que por prudencia se tornara precipitadamente á las carabelas. El almirante había enviado en seguida dos escuadrones á la descubierta, pero uno de ellos no pudo avanzar más de media legua, á causa de la espesura de los árboles, y el otro, que debió recorrer la playa, al notar en la arena huellas recientes de animales monstruosos (3), se apresuró á volver. Estas circunstancias, la nueva influencia de la temperatura, y la rela-

(1) «Quatuor canes in ea, non latrabiles, aspectu foelissimi quos comedunt uti hœdos comperere».—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ decadis*, liber tertius, fol. 8, § D.

(2) Vistas de cierto modo, bien pudieron producir esta ilusión algunas grullas blancas.

(3) Sin duda serían de caimanes ó cocodrilos.



ción de los viajeros sobre el país de Mangu ó Mango, así como las tradiciones acerca del gran Kan, cuyos estados bañaba el Océano, persuadieron al almirante, que tocaba á la extremidad de las Indias.

Así, continuó su navegación al NO., y volvió á comenzar sus trabajos, encontrando nuevos grupos de islotes; reconoció á su izquierda la grande isla de los Pinos, y creyendo que de allí se extendería el Evangelio la llamó Evangelista. Notó la brusca dirección de la costa al Mediodía; nueva circunstancia que vino á confirmar sus conjeturas, por su conformidad con los escritos de los viajeros, y porque otra vez le dijeron los naturales, que no se conocían sus límites, áun cuando la habían seguido durante más de veinte días. La conformidad de estos testimonios y coincidencias trocó su duda en certeza, y como importaba para desbaratar los planes de Portugal, tomar posesión lo más breve posible de la tierra firme, hizo proceder á la comprobación de la descubierta del continente de Cuba, reputado por principio de las Indias. Al efecto, el escribano de la flota tuvo que recibir declaración á los marineros en forma de sumaria, y dar fe de ello con presencia de cuatro testigos. En su consecuencia, el jueves 12 de Junio de 1494, Fernando Perez de Luna, notario de los reinos, después de haber estado á bordo de una de las carabelas, en compañía de Diego Tristan y Francisco de Morales, vecinos de Sevilla, de Pedro de Terros, mayordomo, y de Lope de Zuñiga, uger de vianda, ambos de la sérvidumbre del señor almirante, redactó en la *Santa Clara* (1) el acta que dice: que los indios declararon, que la costa se extendía á más de veinte jornadas, sin que se supiera dónde acababa: que los marineros y pilotos, habiendo consultado sus cartas, y reflexionado ántes de responder, todos afirmaron, previo juramento, que nunca vieron ni oyeron decir que una isla pudiera tener trescientas treinta y cinco leguas de costa de

Oriente á Occidente, sin que se le viese el fin, y que no dudaban fuese la tierra firme.

Habia en las carabelas cincuenta hombres de mar, y entre ellos pilotos de fama, é inteligentes en cosas de cosmografía, y ninguno pudo sugerir en esta cuestión la menor duda, ni tampoco ignorar las particularidades en que Colon fundaba sus conjeturas. Todos estaban íntimamente convencidos de que Cuba era el principio de las Indias. Por esta causa concibió Colon el audaz itinerario que lo hubiera traído á España por el Asia y el Mediterráneo.

Sólo Dios y los ángeles conocían entonces la forma del nuevo continente, la inmensidad del mar Pacífico, y la distancia que separaba á Cuba de la costa de China y del archipiélago Indio. El error de Colon, error preciso é inevitable, y del cual no habría podido libertarse sino por medio de una revelación divina, sirve para poner de relieve la fecundidad de su ingenio, y lo atrevido de sus ideas, pues en su plan impracticable, brilla el primer pensamiento de un viaje de circunnavegación. Sin la interposición del continente americano, que nada podía hacer sospechar, hubiera llegado navegando al O. al Quersoneso de oro, ó sea la península de Malaca, habría entrado en los mares frecuentados por los árabes, y en lo antiguo conocidos por los comerciantes romanos, abordado la Trapobana ó isla de Ceylan, pasado por los mares del Ganges y del golfo Pérsico hasta el mar Rojo; en seguida atravesado el desierto de Arabia, para ir á visitar los Santos Lugares, objeto de su constante solicitud y esfuerzo heroico, y después, embarcándose en Jaffa, volver á España (1) por el Mediterráneo. Pero la falta de víveres, lo quebrantado de sus carabelas y lo decaído de sus marineros le obligaron á desandar lo andado (2).

Se encontraban en bajos, y de tal modo,

(1) Andres Bernaldez, *Historia de los reyes católicos*, cap. 123, MS.

(2) Carinæ quassatæ, reduntes vela et reliquum amplustre jam putridæ alimenta que, sed præcipue panis bicoccus corrupta, vertere retro prorsus præfectum coegerunt.—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadis primæ*, lib. III, fol. 9, § C.

(1) Original en el archivo de Indias en Sevilla, leg. 5.º de Patronato real. *Documentos diplomáticos* número LXXVI.